

Tribuna

Ecologismo, ¿todavía?

por Ricardo SANCHEZ CANDELAS

Los resultados de las recientes elecciones presidenciales francesas, analizados en los anteriores comicios por la candidatura ecologista, me invitan a una reflexión.

Con haberse casi triplicado el apoyo popular a esta alternativa formulada como opción política, el avance relativo del ecologismo frente a las ofertas electorales clásicas se presentan todavía como irrelevante. ¿Se ha producido en el país vecino, en la misma y escasa proporción, un deterioro del medio ambiente tan insignificante en esta última etapa, como para que las reivindicaciones ecologistas, por ese mismo hecho, no tuviesen todavía el suficiente atractivo electoral? ¿Han sido asumidas con suficiente garantía tales reivindicaciones por los partidos políticos clásicos, de manera que se difuminase una opción ecologista netamente diferenciada? ¿Ha sido presentado al electorado el programa ecologista como una propuesta excesivamente idealista, inviable, rayana en lo utópico, demasiado limitativa de las cotas de desarrollo? o, sencillamente, ¿el ecologismo no ha sido, no es todavía, sino una moda pasajera, ligada al conjunto de todos los movimientos under-ground, sin demasiadas posibilidades de convertirse a corto plazo en una fuerte corriente de opinión social con influencia política?

Es un paquete de preguntas sugestivas. De momento, habría que empezar por analizar hasta que punto ha sido

correcta la homologación del ecologismo con las posiciones ideológicas de la izquierda política o, en general, del progresismo.

En un primer esbozo del análisis podría parecer que tal identificación es una tesis plausible. Así planteadas las cosas, tendríamos al ecologismo alineado con los partidos de la izquierda tradicional, los llamados partidos de clase, mientras que las posiciones de derecha serían insensibles a los planteamientos ecologistas o su adhesión a ellos no pasaría de ser puramente formalista, teórica, coyuntural y de escasa convicción.

Procedería este esquema elemental del análisis de las relaciones existentes entre el deterioro del medio ambiente y el proceso del desarrollo industrial y, a su vez, entre éste y el modelo de sociedad capitalista generadora de los impactos ambientales.

Sin que existan elementos suficientes como para desautorizar totalmente este esquema básico, me parece, sin embargo, cada vez más problemático que pueda simplificarse hasta tal extremo.

Y no porque una cara de la moneda no sea cierta, la del precio que el medio ambiente ha pagado en el proceso desarrollista de las sociedades capitalistas, sino porque la otra cara, la

de la asunción de los planteamientos ecologistas por los partidos de izquierda, no aparece como inequívocamente clara. No en vano, los aspectos cuantitativos del desarrollo económico son equiparables en muchos puntos tanto en las sociedades capitalistas como en las del área socialista.

¿Justificaría este hecho la aparición de la opción ecologista como alternativa política válida por encima de posturas puramente testimoniales? Y de ser así, ¿qué connotaciones de posición política cabría atribuir a esta opción? Dicho de otro modo: ¿Podría votar a un partido ecologista un ciudadano tradicionalmente fiel a las ideologías conservadoras o de derechas? O visto desde el otro ángulo, ¿Dejaría de votar a los partidos de la izquierda histórica el metalúrgico de la gran urbe o el jornalero del medio rural para dar su sufragio a un partido ecologista?

Por lo demás, ¿Es el voto ecologista un sufragio típicamente urbano y, en esa misma medida, relacionado con los grandes colectivos obreros de los cinturones industriales más proletarizados? o, ¿cabe también la oferta ecologista en el medio rural, presumiblemente más a salvo de las agresiones al medio ambiente?

Cabría añadir otro elemento no des-

deñable relacionado quizá con la militancia y electorado potencial de un partido de este signo. ¿Será acaso que el ecologismo reclute su clientela entre gentes muy poco propensas a encuadrarse en el más mínimo aparato organizativo? ¿No habrá sido el ecologismo el improvisado campo de aterrizaje de una acracia desdibujada, desligada de las primitivas tesis obreristas del anarco-sindicalismo y, por supuesto, del socialismo histórico? ¿No habrá acampado en este terreno todo un conglomerado residual que iría, desde las concepciones místicas del franciscanismo hasta los movimientos más marginales de nuestros días, pasando por los postulados del Krausismo y por las corrientes contractuales más recientes?

No carecemos en Toledo de alguna experiencia en este sentido, por modesta que sea. La efímera vida de una asociación ecologista, (Reivindicaciones Toledanas de Amigos del Medio Ambiente, RETAMA), que, en 1.97, fundamos un grupo de amigos y de la que fui primer y, claro está, único presidente, podría resultar elocuente para aproximar una respuesta a alguna de las preguntas aquí planteadas.

De un inicial entusiasmo prometedor

pronto se pasó a un languidecimiento estéril que vino a determinar la extinción de la iniciativa por simple inanición. Se le podrían buscar a este resultado final cuantas explicaciones pareciesen razonables, e incluso algunas quizá lo fuesen, pero me interesa resaltar no tanto estas posibles explicaciones, (de las que, por supuesto, ninguna sería personalmente excusatoria), cuanto el entorno del hecho en el contexto general de cuestiones que aquí he planteado.

Una cosa, no obstante, me parece meridianamente clara: El ecologismo, como movimiento de demanda social de unas mejores condiciones de vida relacionadas con el respeto al entorno natural humano, no puede ser asumido coherentemente sino por opciones políticas progresistas. Pero no es menos cierto que atraviesa una etapa de lenta maduración en la que sería necesario un replanteamiento muy profundo, capaz de extirpar sus excrescencias de poco rigor en los análisis, de depurar la amalgama de una voluble e inestable militancia y de definir muy claramente cuáles son los límites, si es que existen, y cuales las condiciones objetivas, si es que se dan, para que el ecologismo sea una alternativa política válida. O sencillamente, para que, al margen de contiendas electorales, protagonice un permanente rol crítico que estimule a Gobiernos y oposiciones a una atenta defensa de las condiciones de vida sobre nuestro planeta.

¿Un patinazo?

La sequía - la pertinaz sequía - ha dado ocasión de lucimiento operativo a un Ente, el Preautonómico, del que muchos se cuestionaban hasta su existencia. La Junta de Comunidades Castellano-Manchega, despertó una primavera con la voluntad de paliar los estragos del solano y anunció la concesión de 470 millones de pesetas a los ganaderos de la región perjudicados por las inclemencias del buen tiempo. Una buena noticia subrayada por las condiciones crediticias, ciertamente de excepción, que suponen, para los ganaderos de la región, la opción de instar a un préstamo de cien mil pesetas por explotación, a un interés del doce por ciento, del cual la Junta de Comunidades, sufragaría seis puntos. Cuatrocientos setenta millones, de los que una parte importante corresponderían a la provincia de Toledo; nada menos que 121 millones. Nuestros ganaderos no podrán objetarle a la Junta, falta de atención providencial, en momentos de necesidad y apuro, como lo son los presentes. Los créditos representan una lluvia de millones para un campo tan sediento de agua, como de dinero y, como en el final feliz de una novela, fundidos en un abrazo, el Ente ha justificado su existencia, y los ganaderos de la Región Castellano-Manchega, se benefician de la eficacia de uno de sus departamentos recién estrenados, el de Agricultura.

Ni siquiera la anécdota, lamentable, de que el titular del Departamento viera impedida su asistencia al acto del convenio, entre la Junta y las Cajas de Ahorro regionales, por causa de los

controles policiales antiterroristas, puede empañar el acontecimiento.

Lo que viene a empañarlo, sin embargo, es un dato concreto y demolidor: La Delegación de Agricultura de Toledo, ha recibido durante el presente año, una cantidad de instancias para acceder a facilidades crediticias, anteriores a la comentada y procedentes de ayudas de la Administración, que no llegan a la cifra inicialmente destinada para ello. Es decir, del fondo del crédito destinado por el Gobierno a la Delegación toledana, para los ganaderos toledanos, cifrado en 746 millones, solamente han sido solicitados 661,9 millones, lo que arroja un sobrante de más de 80 millones.

¿Cómo explicarse entonces que la Junta destine 121 millones de pesetas a los ganaderos de una provincia como la nuestra, que han rehusado con anterioridad, repetimos - suscribir el préstamo oficial, en una cifra superior, incluso a lo concedido por la Junta, por ejemplo, por Cuenca?

Una respuesta, aventurada apriorísticamente, y echada por los, siempre, procelosos mares de la intuición y del análisis superficial, nos pone ante la posibilidad de una desarmonía de funcionamiento entre delegación provincial y el departamento autonómico. Aquello de que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu mano derecha, parece llevado con ascético rigor por los representantes de los poderes centrales y descentralizadores, quienes parecen ignorar que Toledo, a pesar de lo que digan en Ohio, no hay más que

uno, y unos mismos sus ganaderos.

Pero no se adivine acritud por nuestra parte, hacia una medida que, lejos de perjudicar a los intereses del campo toledano, lo sitúa en la frontera del privilegio. El que la provincia toledana sienta sobre sí la atención y el redoblado mimo de ciertos políticos, no puede ser nunca motivo de enojo, ni muchísimo menos, aunque ello venga a denotar, más que un exceso de celo, una deficiencia de coordinación entre distintos niveles de la Administración. Por el contrario, nada nos alegraría tanto como que éstas, que nosotros juzgamos equivocaciones, se prodigaran con abundancia, siempre en favor de los intereses regionales y toledanos.

Sin embargo, porque no somos excesivamente confiados en el azar, sino que preferimos el funcionamiento correcto, eficaz y consciente de nuestros administradores, por ello no vemos en la presumible incoherencia de estos hechos, un motivo para la esperanza, sino para la reflexión y, en su caso, la enmienda.

Doctores tiene la iglesia y nada nos alegraría tanto como equivocarnos en cuestiones como ésta, que pone en evidencia, de alguna manera, la eficacia de algunas estructuras administrativas de nuevo cuño. Preferiríamos ser nosotros quienes, no poseyendo en nuestras manos todo el conjunto de datos y factores del asunto, patináramos linfamente. Pero, si las cifras cantan, pocas deducciones pueden hacerse de ese "aria desoprano" que no sean las de que aquí, señores, se ha desbarrado un pelo.

Ildefonso CANO

El cuentagotas

Represión, ¿qué hacemos contigo, tía?

S EMANAS atrás leí en los periódicos que unas bandas de gamborros habían destrozado mil papeleras, recientemente instaladas en una ciudad norteña. Según iba leyendo, crecía mi indignación. Y lo que ya me dejó de piedra fue la lectura de la frase siguiente: "Motorizados en ruidosas máquinas, o a pie, estos individuos campan por sus respetos, sin que nadie ponga coto a sus desmanes".

Viene lo anterior a confirmar la generalizada opinión del hombre de la calle: que la pasividad ante ejemplos de gamberrismo como el citado, hace que nuestras ciudades se tornen cada día más inhóspitas, incómodas e incivilizadas. Lo que se dice un asco, vamos.

¿Qué hacer? Esta es la cuestión. ¿Nos atrevemos con un breve análisis? Pues adelante.

Si la autoridad se inhibe: totalmente negativo. Y si la autoridad actúa: la represión es inadmisibles en una democracia. ¿Entonces? Nos da la sensación de que son muchos quienes hablan de represión y no saben realmente lo que significa-reprimir. Reprimir es contener, refrenar, templar o moderar.

Así pues, represión, ¿qué hacemos contigo, tía? Tenemos dos opciones. O dejarte castigada en un rincón por mala, y que sea lo que Dios quiera. O utilizarte con talento, y que los gamborros no terminen haciendo inhóspitas nuestras ciudades.

Escribir a la contra

P ENSAR en los demás es práctica saludable. Ponerse en el lugar del prójimo, en muchos casos, nos ayuda a comprenderle. Como es indispensable que el escritor se sitúe del lado del lector.

Considero que la grandeza del que escribe en la Prensa estriba primordialmente en expresar de la forma más correcta, por supuesto- todos

aquellos pensamientos, opiniones y comentarios que coincidan con los del mayor número de lectores. Al lector le satisface comprobar que quien escribe en un periódico piensa como él.

No obstante, hay quienes escriben a la contra. Si bien alguno de ellos dice haber "elegido la teoría crítica". Me explicaré. Estos escritores amargos están duchos en rebuscar todo cuanto pueda irritar a la inmensa mayoría de los lectores, a quienes se dirigen del modo más zahiriente y venenoso. Son así, qué le vamos a hacer. Tales escritores tendrán poco porvenir, pensarán ustedes. No lo crean, hay tantísimo lector masoquista...qué quién sabe...

Las otras vacunas

ANTES de que llegaran las preciosas lluvias abrilenas, y mientras las aguas del Tajo nuestro de cada día, alcanzaban unos espantosos grados de contaminación, la Delegación Provincial de Sanidad se planteó, claro que hipotéticamente, la posibilidad de vacunar a cuantos toledanos estuvieran en peligro de perder su salud, por culpa del pestilente líquido, elemento portador de bacilos a barullo.

La hipótesis de vacunar al personal toledano, entra dentro de toda prevención sanitaria lógica y plausible, máxime si tenemos en cuenta que este verano nuestro río, puede ser un mar de bacterias.

Aún así y todo, las vacunas que de inmediato deberían aplicarse, son otras. Una de ellas, la que nos preservase de contraer la más espectacular y endémica enfermedad que padecemos: el paro. La Conferencia Española de Cajas de Ahorro ha pronosticado que, para finales de año, nos pondremos en los dos millones de parados. Nuestras familias se sentirían felices si se les pusiera la vacuna anti-paro. Pero tal vacuna, no ha sido descubierta, se me arguirá. Doctores tiene el Gobierno y la Oposición. A descubrirla.

por Luis MARTIN

